

# EN BUSCA DE UN TECNICO HUMANISTA

Por JUAN ORTEGA CAMPOS  
Alumno de Ingeniero

*Nos complacemos en publicar el presente trabajo, deseando que los compañeros del autor sigan su ejemplo.*

Hace poco tuve entre mis manos el trabajo *La formation culturelle des cadres et des dirigeants*, de J. Basile. En él había unas declaraciones del jefe de IBM de Francia, Raymon Paillaux. Decía: "Cuando ingresé en la compañía, de joven ingeniero, ejercitaba un 85 por 100 de técnica. Hoy el 85 por 100 de mi actividad exige cultura."

Ocurría a Paillaux en su primera época lo que sucede a nuestra REVISTA DE OBRAS PUBLICAS. Ya sé que su fin es técnico y es para leerla los técnicos, pero los tiempos van evolucionando.

La evolución, nos dice Teilhard de Chardin, se mide en el sentido del desarrollo del espíritu y de la conciencia. El mundo va por dos tendencias de sentido opuesto: una rige las energías materiales, tiende a conducirlo todo hacia la igualdad, "el aumento de entropía" que llaman los físicos; la otra hace progresar el espíritu. La masa de materia cerebral no ha dejado nunca de aumentar.

La aceleración de las presiones que afectan a la humanidad es el signo de un paso inminente a una nueva era. Lo que va a aparecer no es un superhombre, sino una humanidad superior que formará un gran cuerpo, inteligente y activo.

La concepción teilhardiana, por su lógica y universalidad, encuentra aplicación en todos los dominios; el hombre que ejerza su trabajo en cualquier grado, ayudará al progreso de la Tierra en la medida de esa elevada visión de la condición humana.

Los planes de enseñanza apenas tocan las ciencias humanas, el ingeniero sale de la escuela provisto de conocimientos técnicos y organizadores, pero, llegado el momento de ponerse de acuerdo con sus compañeros o dar órdenes a obreros, sólo cuenta con el sentido común, cualidades que posiblemente poseyeran nuestros antepasados de hace dos mil años.

Los tecnócratas suelen carecer de cultura, lo dirigen todo por estadísticas, programaciones operacionales, aceleraciones de producción y consumo. Esto puede ser perfecto para la promoción de las cosas, pero insuficiente para elevar a los hombres.

Hasta hace poco la dirección trataba a los obreros como máquinas más o menos inteligentes, a los que había que dosificar con humanidad su esfuerzo físico para lograr una rentabilidad óptima. Los obreros de hoy quieren distracciones y aumentos de salario para consagrar su tiempo libre a sus placeres; los empleados admiten nuevas razones de vivir, se sienten ligados a una sociedad de la que empiezan a descubrir sus maravillas.

El ingeniero consciente debe otorgar a sus empleados ocasión de iniciativa y ciertas consideraciones hasta ahora inconcebibles.

En nuestra época, caracterizada por técnicas cada vez más eficaces y automatizadas, va decreciendo el tiempo dedicado al trabajo manual. Jean Fourastié ha calculado que la generación inmediata a la nuestra dedicará al trabajo treinta horas semanales, cuarenta semanas al año, durante unos treinta y cinco años.

Se ve que el tiempo del ocio va en aumento; llamamos ocio a cualquier actividad libre que forma y eleva para distinguirlo del simple descanso.

Hemos llegado al meollo del tema, ¿qué hacemos con nuestro ocio? Trataremos de apuntar algunas ideas y pensamos que aquí puede estar el germen de otros muchos artículos de esta índole que creemos debía publicar la Revista.

El valor de un hombre dedicado al mando depende en gran parte de su manera de ocupar el tiempo fuera de su profesión. Podemos, incluso, decir que su verdadero valor se aprecia mejor durante su ocio.

Entre las ocupaciones libres e intelectuales ocupan lugar preferente los cursos de perfeccionamiento. En algunos países la mayoría de los universitarios organizan cursos especiales para dirigentes; estos cursos no se reducen a enseñanzas técnicas, sino al estudio de economía, psicología, motivaciones del comportamiento, manejo de ordenaciones, etc.

La cultura no consiste en abarcar todo el saber superficialmente ni en limitarse a una especialidad, sino en ahondar allí donde se está hasta que se encuentre la galería excavada por el vecino, y se aprende entonces a percibir la convergencia de todos los esfuerzos.

No se trata de poseer una erudición libresca o de poseer una riqueza literaria y otra científica. Tampoco se trata de poseer únicamente un sentido psicológico agudo de la acción y del nuevo arte de mandar. No se trata, en fin, de limitarse a aspiraciones espirituales. ¡Tentación de idealismo! Un jefe puede vivir como un santo, pero si no está en contacto directo con los hechos no llegará lejos.

Para terminar, entendemos por cultura general en sentido total la síntesis de estos esfuerzos a base de un equilibrio de juicio, de voluntad y de vida interior. Pero este triple esfuerzo intelectual, dinámico y moral no deberá limitarse a la promoción del dirigente, sino que deberá servir a su último fin: el beneficio de la colectividad.

En las reuniones celebradas en París, en las que han intervenido ingenieros de casi todos los países, entre ellos España, parece ser que la problemática que planteamos ha sido objeto de estudio.